

# Los futuros de la Comuna de París. Un estudio acerca de la productividad de la memoria

## The futures of the Paris Commune. A study on the productivity of memory

Edgar Straehle

Universidad de Barcelona, España

[edgarstraehle@gmail.com](mailto:edgarstraehle@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0001-5200-9371>

Recibido: 28/10/2022

Aceptado: 18/4/2023

**Cómo citar este artículo:** Edgar STRAEHLE (2023). Los futuros de la Comuna de París. Un estudio acerca de la productividad de la memoria. *Pasado y Memoria*, 27, pp. 127-153., <https://doi.org/10.14198/pasado.23815>

### Resumen

En este escrito se analiza la historia de la compleja y variada memoria de la Comuna de París de 1871. Por un lado, se explica la vertiente condenatoria que se puso de relieve sobre todo al principio de la Tercera República Francesa. Por el otro lado, se estudia la reivindicadora historia de esta memoria, la cual convirtió rápidamente a la Comuna París en una inspiradora y admirable referencia histórica central y en la primera revolución proletaria de la historia. Esta memoria positiva se desarrolló de diferentes modos sobre todo en tres coyunturas: en los años inmediatamente posteriores a su aplastamiento, en el contexto de la Revolución Rusa y en el del parisino Mayo del 68. Un objetivo adicional consiste en utilizar este ejemplo con el fin de reflexionar sobre los rasgos peculiares de la historia de la memoria, analizar los múltiples usos de esta y, asimismo, intentar comprender el papel de esta misma en la historia. Entre otras cosas, se pone el foco en el carácter plural, dinámico, productivo, asimétrico, discontinuo y *exaptativo* de la memoria, pero también su dimensión prospectiva. Al fin y al cabo, la memoria de la Comuna fue desde un principio, y por mucho tiempo,

©2023 Edgar Straehle



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

una suerte de revolución de la esperanza: no un «pasado pasado» sino un «pasado presente» e incluso un «pasado futuro» que sirvió para inspirar y movilizar a las generaciones venideras.

**Palabras clave:** Comuna de París, Memoria, Comunismo, Anarquismo, Revolución.

### Abstract

This paper analyses the history of the complex and varied memory of the Paris Commune of 1871. On the one hand, the condemnatory memory of the Paris Commune that was above all cultivated at the beginning of the Third French Republic is explained. On the other hand, the vindicating history of this memory, which quickly made the Paris Commune an inspiring and admirable central historical reference and the first proletarian revolution in history is also analysed. This positive memory was developed in different ways especially at three junctures: in the years immediately after its crushing, in the context of the Russian Revolution and in that of the Parisian May '68. An additional purpose is to use this example to reflect on the peculiarities of the history of memory, to analyse its multiple uses and to try to understand its role in history. The focus is on the plural, dynamic, productive, asymmetrical, discontinuous and exaptative character of memory, but also on its prospective dimension. After all, the memory of the Commune was from the beginning, and for a long time, a sort of revolution of hope: not a kind of «past past» but a «present past» and even a «future past» that served to inspire and mobilize future generations.

**Keywords:** Paris Commune, Memory, Communism, Anarchism, Revolution.

**Financiación:** El presente artículo se ha realizado dentro del marco del proyecto de investigación «Vulnerabilidad en el pensamiento filosófico femenino. Contribuciones al debate sobre emergencias presentes» (PGC2018-094463-B100MINECO/AEI/FEDER, UE).

### Introducción

El 28 de mayo de 1871 la Comuna de París fue aplastada con una violencia inaudita. La sangría fue espantosa y se saldó según John Merriman (2014: 250) con al menos 17.000 muertos. Se trata de una cifra controvertida y aún en discusión, por lo general incrementada por los partidarios de la Comuna y reducida por sus detractores, pues ese acontecimiento todavía es actualmente una memoria viva. Hay que tener en cuenta que en esas diez semanas ocurrieron un gran número de cosas. La Comuna fue derrotada y el sueño de su victoria se desvaneció, pero con su final, y pese a sus escasos 72 días de existencia, pasó a la historia, a la memoria y al mito. De hecho, se puede considerar que, sin desdeñar la indudable relevancia del episodio, la enorme repercusión de lo

sucedido en esas diez semanas acabadas en un fracaso probablemente lo fue más a nivel de memoria que no de historia. Bakunin resaltó en seguida que, pese a ser vencida, la Comuna había triunfado moralmente y por eso había sido «unánimemente saludada por el proletariado de todos los países como el anuncio de una próxima liberación» (1871: 23). Cuatro décadas después Lenin apuntó que «la causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal» (Lenin, XX, 1983: 234).

La Comuna se convirtió en seguida en un episodio memorable y, con ello, en un pasado que no era pasado, sino uno que se proyectaba esperanzadoramente hacia el futuro y parecía augurar un nuevo porvenir. Por eso, la memoria de la Comuna pasó a ser un asunto de importancia cardinal que, de entrada, debía refutar los sesgados y condenatorios retratos *anticommunards*. Además, tenía que salvar la memoria de las víctimas y denunciar la insólita represión cometida. Casi de manera inmediata se cultivó una «leyenda roja» opuesta a la «negra» de sus enemigos. En tercer lugar, devino un repositorio de enseñanzas y reflexiones que pudiera funcionar como una especie de pedagogía política y revolucionaria.

Con todo ello se observa la multiplicidad de usos que podía adquirir la memoria. No obstante, la cuestión fue aún más compleja y no se agotó en una conflictiva relación binaria entre *communards* y *anticommunards*. Desde un comienzo, la memoria de 1871 fue reivindicada por los diferentes movimientos revolucionarios con el fin de hacerlo suyo y sustraérselo a sus «competidores internos». Eso se mostró en las repercusiones de un texto como *La guerra civil en Francia* (1871) de Karl Marx. A causa de los aprendizajes de 1871, modificó levemente *El Manifiesto Comunista* y en el prefacio de 1872 admitió que el acontecimiento parisino había hecho que algún punto defendido en 1848 quedara desfasado. Retomando una frase de su *La guerra civil en Francia*, agregó que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines» (Marx, 2005: 70). Desde el lado anarquista se valoraron estos cambios como una concesión al menos aparente a sus propias ideas (Guillaume, II, 1907: 192). De esta manera se evidenció que la Comuna pasó a tener un papel central en las disputas entre estas dos corrientes políticas.

Finalmente, cultivar la memoria de 1871 tenía como misión rescatar el recuerdo de lo ocurrido y enhebrar así una suerte de contradicción o tradición alternativa que promoviera e inspirara las revoluciones venideras. Así pues, el desarrollo de esta memoria revolucionaria comportó desafiar

intencionadamente los cauces de la historia oficial y se plasmó en el propósito de construir un contrarrelato en buena medida afianzado sobre los recuerdos y testimonios de los participantes de los hechos de 1871. Entre esos escritos, sobresalió un escrito bien conocido como fue *La historia de la Comuna* (1876) de Prosper-Olivier Lissagaray (2021), pero también los de Gustave Lefrançais, Gaston Da Costa, André Leo, Jules Vallès o Louise Michel. Un ejemplo interesante fue el de Benoît Malon, quien al principio de su *La tercera derrota del proletariado francés* (1871) escribió un pasaje como este:

«Un burgués republicano escribía con razón hace unos años: “Los vencidos no tienen historia”. Rompamos, pues, con esta iniquidad (...). El momento de engañar a la historia se ha acabado. A partir de ahora, entre los supervivientes de la derrota, siempre quedará alguien que diga a la cara a los verdugos y a los calumniadores: ¡Habéis mentido! Y para decir a los hombres de buena fe: esto es lo que somos, lo que hemos hecho y lo que quisimos. Estas son las consideraciones que hicieron tomar la pluma a un soldado de esta gran causa momentáneamente vencida. Él intentará decir qué fue, qué hizo y qué quiso la Comuna de 1871; pero también dirá lo que son, lo que hicieron y lo que quieren sus implacables enemigos» (Malon, 1871: 5-6 y 9).

La pretensión de este artículo consiste en abordar la espinosa cuestión de la memoria de la Comuna; no profundizar en la historia de los hechos sino en la procelosa historia de su memoria.<sup>1</sup> Además, el propósito no es solo recorrer las múltiples memorias que derivaron de ese acontecimiento y muchas veces pretendieron hablar en su nombre. Una meta adicional es explorar lo que, frente a la «productividad histórica», prefiero llamar la «productividad memorística» de lo sucedido. En diálogo con el concepto de *Wirkungsgeschichte* tematizado por Hans-Georg Gadamer sobre todo en *Verdad y método* (1977), no solo se quiere recalcar que los momentos históricos que hay entre el pasado y el presente influyen en la recepción del conocimiento del pasado, sino también subrayar dos cuestiones relacionadas.

Primero, que las diferentes y sucesivas rememoraciones de ese pasado pueden generar efectos en la reinterpretación del pasado, razón por la que no solo es la historia sino también la memoria la que influye en la evolución de la memoria posterior. Es decir, la memoria de un acontecimiento no solo se desarrolla y renueva a partir de la historia y sus cambios, sino, y aunque ambas se entrelacen y retroalimenten, también de la propia historia de una productiva

---

1. Aunque todavía falte una exhaustiva historia de la memoria de la Comuna, se pueden destacar para esta cuestión dos escritos como *La comuna de París* (2014) de Roberto Ceamanos, que al final de su libro dedica un amplio e importante apartado a la posteridad de este acontecimiento, o *La Commune n'est pas morte* de Éric Fournier (2013).

memoria que, además, en no pocos casos no es muy fiel a lo que «realmente aconteció». Segundo, y relacionado con lo recién dicho, se quiere destacar que esa memoria puede influir a la hora de encarar y transformar el presente, razón por la que no solo la historia influye en la memoria, sino también al revés. Así pues, lo que se quiere mostrar son las posibles porosidades entre ambas. En otras palabras, y respecto a la Comuna, se quiere abordar cómo un hecho histórico pretérito fue durante mucho tiempo también una memoria viva o pasado presente cuyo relato, por eso mismo, se transformó según los diferentes actores o coyunturas. Y que, por lo mismo, devino una herramienta política que a su vez tuvo efectos transformadores sobre el presente. Este escrito conecta así con la dimensión pragmática y la productiva de la memoria.

### La memoria condenatoria de la Comuna

Fuera del mundo revolucionario, las primeras reacciones a la Comuna fueron mayoritariamente adversas e incluso furibundas. En seguida se captó la importancia y el peligro de una revolución que se consideró como la primera verdaderamente proletaria y por ello no escasearon los adjetivos negativos. Entre otros, un ejemplo fue el libro *La commune sanglante* (1871) de Alfred de la Gueronnière, publicado justo después de los hechos y que contenía pasajes como este respecto a los *communards*:

«Esta banda de ladrones y asesinos, después de haber lapidado o fusilado a la gente honrada, quiso hacer un auto de fe de la sociedad. Su vocación es el mal y su placer crece con la desgracia que ellos mismos multiplican; su igualdad no consiste en elevar por medio del trabajo y del saber, sino en rebajar al nivel de su baja envidia a todo aquel que tenga un germen de virtud, un signo de distinción, una salvación. Todo les hace sombra: su ideal es la brutalidad y el poder en sus manos sólo puede ser el cementerio exterminador de la civilización. Estos locos, estos impíos, estos tiranos abyectos y feroces, estos dilapidadores han dado su medida. Su orgía de sangre, seguida de otra aún más horrible, se encuentra con un grito de horror que une a sus personas, y a su memoria, la maldición más condenatoria de la historia, esa voz de los siglos» (Gueronnière, 1871: 21-22).

Esta fiebre *anticommunard* se manifestó no solo a nivel político sino también en otros campos como el arquitectónico, como la construcción de la Basílica del Sacré-Coeur de Montmartre que debía expiar el recuerdo de la Comuna (Harvey, 1979), o, por supuesto, el literario. Entre los escritores destacó por su tono y su prolijidad Maxime du Camp, quien alcanzó un gran éxito de ventas con los cuatro volúmenes de su *Les Convulsions de Paris* (1878-1880). Por su parte, Ernest Renan escribió de manera vehemente que «el horrible episodio de la Comuna ha venido a mostrar una plaga tras otra, un abismo por encima del

abismo. El 18 de marzo es, desde hace mil años, el día en el que la conciencia francesa ha caído más bajo» (1871: 56). No está de más recordar que una de las principales dianas en estas diatribas fueron las mujeres, injuriadas repetidamente bajo la etiqueta de *pétroleuses* o incendiarias. Como ha señalado Gay L. Gullickson, también se debe tener en cuenta que desde estas narrativas «la *pétroleuse* venía a representar no solo la mujer peligrosa y descontrolada, sino un mundo completamente vuelto del revés» (1996: 12).

Un último ejemplo de estas condenas fue el personificado por Edmond de Goncourt, quien no se limitó a reprobar a los *communards* y celebrar su debacle, sino que también se alegró en su diario de la salvaje represión realizada en estos términos:

«Está bien. No ha habido ni conciliación, ni transacción. La solución ha sido brutal. Ha sido fuerza pura. La solución ha apartado los espíritus de los compromisos cobardes. La solución ha devuelto la confianza al ejército, el cual ha aprendido en la sangre de los *communeux* que todavía era capaz de combatir. En fin, la sangría ha sido absoluta: y las sangrías como ésta, al matar la parte batalladora de una población, aplazan por el término de una conscripción la revolución siguiente. Son veinte años de descanso lo que la antigua sociedad tiene por delante, si el poder se atreve a todo lo que puede atreverse en este momento» (Lidsky, 2016: 108).

Desde esta perspectiva, se podría describir lo sucedido como una suerte de represión que a la vez que ejemplarizante pretendía ser constituyente; es decir, un proceso (en el doble sentido de la palabra) donde la activa memoria de sus enemigos sirvió para legitimar y reforzar la nueva república francesa. La negación o amenaza de lo otro, en esta coyuntura de lo «otro revolucionario», suministró, ante todo al principio, un preciado elemento de cohesión que ayudó a solventar la problemática fragilidad de la nueva forma de gobierno. Aún cuatro décadas después, Edmond Lepelletier denunció la pervivencia de la leyenda reaccionaria de la Comuna y apuntó que los *communards* «son todavía tratados como parias de la historia» y que no habían recibido una «amnistía del espíritu» (Lepelletier, 1911: 12).

Como en otros casos, el fantasma de la revolución fue exageradamente aireado como una herramienta de demonización y deslegitimación del adversario político que, de paso, servía como instancia de legitimación de las propias posiciones políticas. Se puede recordar que Jules Favre, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Francia, ya había hecho distribuir a las cancillerías europeas una circular el día 6 de junio de 1871 en la que proporcionó un retrato dantesco de los *communards* y agregó que «no basta con odiarlos y castigarlos. Hay que buscar el germen y extirparlo» (Bourgin, 1938: 52). Se consolidó así, y de diversas maneras, una condena contra el recuerdo *communard* que llegó

incluso a los cementerios. A los caídos en 1871 no se les permitió referirse a la Comuna en sus tumbas hasta el año 1906 (Fournier, 2013: 30 y 72).

La amnistía política a los *communards* llegó en 1880, una vez consolidada la Tercera República Francesa (el monárquico MacMahon había dejado de ser presidente de la república un año antes) y cuando el recuerdo de la insurrección de 1871 ya no generaba tanto pavor. No por casualidad, en las mismas fechas se recuperó la Marsellesa como himno oficial (1879) y se instituyó el 14 de julio como día nacional (1880), en un momento en que la nueva república estableció institucionalmente sus vínculos históricos con la Revolución Francesa. El recuerdo del entonces lejano 1789, una vez domesticado y moderado, debía servir para enfrentarse a los intentos de restauración monárquica y también al perturbador recuerdo de 1871. La memoria revolucionaria anterior debía ayudar a desmovilizar otra más reciente y radical. Al mismo tiempo, eso también sirvió para que sus adversarios políticos conservadores y/o monárquicos focalizaran mucho más su mirada en la Revolución Francesa que en la Comuna de París, a la que consideraban como un episodio de menor entidad y, además, como un resultado de la deriva abierta por la primera. Desde esta óptica, se puede entender el desarrollo de una tradición historiográfica que va desde un clásico conservador como *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1876-1893) de Hippolyte Taine hasta *best-sellers* recientes como *Históricamente correcto* (2003) de Jean Sévillia.

De todos modos, el miedo o aversión a la Comuna no desapareció con el paso del tiempo. Este se manifestó en especial en contextos bélicos como el de la Segunda Guerra Mundial. En 1940, cuando los alemanes conquistaron Francia, se temió una reedición del episodio de 1871, el cual había estallado tras otra invasión germana. Cuatro años más tarde, en ocasión de la liberación por parte de las tropas aliadas, esa inquietud arreció de nuevo e incluso De Gaulle solicitó a Eisenhower que los combatientes comunistas no desempeñasen un papel central en la liberación de Francia, que desplegasen dos divisiones estadounidenses en París para evitar que estallara un nuevo episodio *communard* y en este contexto exclamó: «no podemos tener otra Comuna» (Seidman, 2018: 178).

### La memoria vindicadora de la Comuna

Desde el otro lado político, y salvo excepciones célebres y criticadas como Giuseppe Mazzini, la Comuna fue ampliamente admirada y ensalzada desde los movimientos revolucionarios. Para Marx se trataba de «un nuevo punto de partida cuya importancia histórica es universal» (1975: 210, traducción modificada). En otra ocasión el pensador alemán se atrevió a augurar que «el

París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera» (1970: 97). Por su parte, Engels llegó a afirmar que «el aniversario de la Comuna de París se convirtió en el primer día de fiesta universal del proletariado» (2015: 28).

Desde la tradición anarquista, Bakunin señaló que «París, inundado en la sangre de sus hijos más generosos, es la humanidad crucificada por la reacción internacional coligada de Europa» (1977, II: 167-168) al mismo tiempo que subrayó que esta ciudad, con su ejemplo revolucionario, había inaugurado una nueva era: «la de la emancipación definitiva y completa de las masas populares» (1977, II: 168). Arthur Arnould añadió que había dos grandes fechas en la historia de la liberación humana: 1789, la revolución política acaparada por la burguesía, y el 18 de marzo de 1871, la revolución social y popular (Bruhat, Dautry y Tersen, 1960: 349). Por su parte, Piotr Kropotkin, apuntó que «bajo el nombre de Comuna de París, nació una idea nueva, llamada a ser el punto de partida de las revoluciones futuras» (1900: 91) y añadió que «entusiasmo, no por lo que ha hecho, sino por lo que promete hacer el día que triunfe» (1900: 97-98). Desde Hungría, el *communard* Leó Frankel concluyó que «el gran ideal que animó a los defensores de la Comuna seguirá extendiéndose hasta el día en que conduzca a los oprimidos a la victoria final y logre la emancipación de la clase obrera» y añadió que «para nosotros, el 18 de marzo señala la aurora de un mundo nuevo, de una sociedad nueva» (Frankel, 1974: 241). Desde Inglaterra, William Morris sentenció no solo que la Comuna era «la mayor tragedia de los tiempos modernos», sino también que merecía ser honrada por ser «la piedra fundacional del nuevo mundo futuro» (1887: 89-90). En esta línea, y ya para acabar, Elisée Reclus destacó que la Comuna

«ha establecido para el futuro, no por sus gobernantes sino por sus defensores, un ideal bien superior al de todas las revoluciones que la habían precedido (...). Por todos lados la palabra “Comuna” ha sido comprendida en el sentido más amplio como en referencia a una humanidad nueva, formada por compañeros libres e iguales, ignorando la existencia de antiguas fronteras y ayudándose de manera mutua y en paz de un extremo al otro del mundo» (Ross, 2016: 11).

La Comuna, pese a ser vencida, parecía inaugurar una nueva era llena de optimismo y devino el casi ineludible referente a la hora de enfocar o repensar la revolución. De ahí que su memoria no solo fuera del pasado sino también para el presente y el porvenir. Si, según el dicho, la victoria tiene muchos padres y la derrota no tiene ninguno, en el caso de la Comuna ocurrió algo bien diferente. Tanto comunistas como anarquistas quisieron apropiarse de su legado



e interpretar la historia de 1871 desde sus propias ideas y relatos históricos. Eso explica que Engels la asociase a la dictadura del proletariado, mientras que Bakunin, pese a admitir la amplia presencia de jacobinos, la retratará como una «audaz negativa del Estado». La ruptura entre ambas corrientes se consumó en 1872, en parte a causa de la Comuna y la recepción del acontecimiento. Por el camino, otras facciones revolucionarias perdieron su importancia anterior y fueran progresivamente desplazadas de la memoria de 1871. Así sucedió con los neojacobinos, proudhonianos y blanquistas (Hutton, 1981).

Curiosamente, la Comuna fue seguramente más ensalzada fuera que dentro de Francia, donde el recuerdo *communard* incomodaba a socialistas prominentes como Jules Guesde y Jean Jaurès, quien, en un artículo sintomáticamente titulado *Ayer y mañana* (1907), reconoció su trascendencia histórica al mismo tiempo que no la reconocía como un modelo a seguir. Por así decir, valoraba la Comuna más como pasado que como futuro. En cambio, la distancia geográfica y cultural, así como el diferente contexto político, facilitó su reivindicación, apropiación e incluso idealización. De hecho, en la Francia de la Tercera República muchas luchas políticas, y sin por ello despreciar la tradición revolucionaria, se enfocaron preferentemente desde un planteamiento democrático no revolucionario, razón por la que la palabra «revolución» fue muchas veces sustituida por la de «evolución» (Nicholls, 2019). Por cierto, en España se publicaron en seguida los dos volúmenes de *La historia de los comuneros* (1871 y 1872) de Ramon de Cala, quien remarcó que el episodio había estado protagonizado no por grandes líderes individuales sino por ese «gigante anónimo que se llama pueblo» (De Cala, 1871: 5). En su prólogo al libro, Pi y Margall alabó la Comuna por superar el legado jacobino y encaminarse hacia una vía federal.

Otro punto reseñable es que la memoria de la Comuna se cultivó en una pluralidad de formatos. Su recuerdo pervivió por ejemplo gracias a la tradición musical, donde *Le temps des cerises*, compuesta en realidad poco antes de 1871, se convirtió en una especie de himno *communard*. Su autor, Jean-Baptiste Clément tomó parte en el acontecimiento y legó otras obras como *La semaine sanglante*, composición que seguía la partitura de *Le chant des paysans* de Pierre Dupont y atestiguaba así los juegos de relaciones y deudas de la tradición. Además, la letra del famoso himno *La Internacional* fue redactada en 1871 por Eugène Pottier, otro *communard*. Otra composición en parte inspirada por la Comuna fue *The Red Flag* (1889) de Jim Connell, a fecha de hoy todavía el himno oficial del Partido Laborista.

La memoria de lo sucedido también se recordó en las manifestaciones que cada mes de mayo marchaban junto al muro de los federados del cementerio

Père Lachaise, el lugar de las ejecuciones. De todos modos, se debe decir que estas aglomeraciones no se organizaron inmediatamente y que comenzaron a tener lugar diez años después de los acontecimientos (Rebérioux, 1997, 537-539). Más tarde, desde el anarquismo se produjo la probablemente primera película explícita sobre la Comuna, *Vive la Commune* (1914) de Armand Guerra. Gracias a piezas como *La derrota* (1937) de Nordahl Grieg, *Los días de la Comuna* (1949) de Bertolt Brecht o *Primavera del 71* (1961) de Arthur Adamov, su resonancia se hizo asimismo sentir en el teatro. Este último se había encargado dos años antes de compilar y publicar una antología sobre la Comuna en cuyo prólogo señaló que este acontecimiento no era quizá el acontecimiento histórico más prodigioso, puesto que reservaba a la Revolución Rusa, pero sí el más precursor de los tiempos modernos (Adamov, 1959: 7).

Sin embargo, no todo fueron elogios. En definitiva, la Comuna había sido vencida y había que preguntarse el porqué. Marx mismo reprochó a los *communards* que no se apoderasen de Versalles rápidamente, no tomaran el Banco de Francia (algo compartido por Engels o Lissagaray) o que el Comité Central dejara el poder demasiado pronto para instaurar la Comuna. Por su parte, Bakunin denunció la pertinaz pervivencia del imaginario jacobino entre los *communards* y Kropotkin lamentó que la revolución no triunfara entre los campesinos, no acabase verdaderamente con la estructura estatal y no osase emprender la auténtica revolución social.

La memoria debía ser cultivada, aunque también interrogada, reflexionada y discutida. El episodio podía ser ejemplar, pero adolecer asimismo de unos límites o defectos que se debían resaltar para poder aprender del pasado y no repetir su derrota. Al mismo tiempo que un episodio de referencia, la memoria de la Comuna se convirtió en un espacio de debate y litigio intelectual en el que intervinieron los principales pensadores revolucionarios del último tercio del siglo XIX e inicios del XX. No solo Marx, Engels, Bakunin o Kropotkin se detuvieron a reflexionar sobre y desde la Comuna, sino también otros como Lenin, Trotsky, Kautsky o Mehring. Este último advirtió por ello que «la historia de la Comuna de París se ha convertido en la piedra de toque sobre la táctica y la estrategia que la clase trabajadora revolucionaria ha de emplear para alcanzar la victoria definitiva» (Benjamin, 2005, 789).

### La memoria de la Comuna en la Revolución Rusa

Al hilo de lo explicado se puede entender el gran rol que desempeñó la memoria de la Comuna en acontecimientos como la Revolución Rusa, algo ilustrado por una famosa anécdota. Tras sobrevivir la revolución a sus primeros 72 días, Lenin habría salido a bailar en pleno diciembre y bajo la nieve frente al Palacio

de Invierno para celebrar que «su» revolución había sobrepasado la vida de la Comuna. Con ello, y pese a la incertidumbre política del momento, festejaba que se había logrado superar al hasta entonces gran referente revolucionario y que se había convertido en el nuevo modelo a seguir. Al menos, y mientras se estaba a la espera del desenlace de la Revolución Rusa, ya se había logrado una victoria en la memoria de la tradición revolucionaria.

Esta relación con la revolución de 1871 no era nueva en un Lenin que admiró y ya había reflexionado mucho acerca de este acontecimiento. Al respecto, y si bien exageradamente, Zinoviev llegó a aseverar que

«Vladimir Ilich no dedicó a ninguno de los movimientos del proletariado extranjero tanta atención como a la Comuna de París; Vladimir Ilich no habló de ninguno de los movimientos del proletariado extranjero con tanto respeto como del movimiento del proletariado extranjero» (Bergman, 2014: 1419).

Tras la fallida revolución de 1905, y después de ciertas incursiones menores en este tema, Lenin había publicado un breve escrito como *Las enseñanzas de la Comuna* (1908), donde siguió la senda marcada por Marx y, pese a ensalzarla, no se abstuvo de arrojar críticas importantes a la Comuna: entre otras medidas, no expropiar a los propietarios, no tomar el banco de Francia y caer en una magnanimidad excesiva (Marx había hablado de una escrupulosidad demasiado honorable). Eso habría permitido que la Comuna no acabara con unos adversarios luego menos clementes que los *communards*. En su opinión, este exceso de celo por la moralidad habría sido un error político, con lo que el ejemplo de la Comuna servía de paso para poner en cuestión la intrincada relación entre la ética y la política. Su conclusión fue que los *communards* no comprendieron que una revolución es una lucha armada y una guerra civil donde el asalto violento del poder es un paso necesario que se debe llevar a cabo con la mayor rapidez posible.

Lenin regresó al mismo tema en su texto *La memoria de la Comuna* (1911). Ahí repasó las virtudes y defectos de la Comuna, pero también abordó un aspecto nuevo que enlazaba con las tesis de su *¿Qué hacer?* (1902): el revolucionario ruso aseveró que la ausencia de un partido obrero organizado, disciplinado y centralizado impidió que se dirigiera a los revolucionarios de una manera adecuada. El problema, pues, no fueron ya solo las medidas tomadas, sino también la estructura previa desde donde se decidieron. Una vez más el pasado *communard* sirvió como espacio desde donde repensar y edificar la política del presente y del futuro. Desde este prisma, la Comuna habría sido un episodio glorioso, pero también uno incompleto e imperfecto: sólo la posterior Revolución Rusa lo habría completado y perfeccionado.

Además, el historiador Günter Grützner (1963: 204) ha señalado que en la Revolución Rusa se produjo una suerte de culto de la Comuna. Eso se manifestó en campos como la toponimia urbana, el paisaje monumental, el calendario (con el 18 de marzo como festivo) o en el vocabulario cotidiano. Según Richard Stites (1992: 208), y frente a otras de raíz rusa como *obschina*, la misma palabra *kommuna* comenzó a popularizarse por entonces en Rusia. Incluso se puso de relieve en el nombre de diarios como el *Severnaia Kommuna* (la Comuna del Norte), el más importante de Petrogrado, o en el renombramiento de buques de la armada, como el acorazado Sebastopol que pasó a ser llamado *Parizhskaya Kommuna* en 1921. Y eso por no mencionar conexiones más indirectas, como el himno de la Internacional (el oficial de la Unión Soviética de 1922 a 1944) o la célebre bandera roja. En 1929 Grigori Kozintsev y Leonid Trauberg dirigieron *La nueva Babilonia*, largometraje sobre la Comuna y parcialmente censurada por Stalin. Unos años antes la primera mitad del grandioso espectáculo *Hacia la Comuna Mundial* había estado dedicada a los hechos parisinos. En buena medida, la Revolución Rusa se entendió a sí misma en continuidad con el acontecimiento parisino.

El influjo de la Comuna también se percibió ampliamente en los escritos políticos y nuevamente en figuras tan relevantes como Trotsky, Zinoviev, Preobrazhenski o el mencionado Lenin. Poco después de la Revolución de Febrero, este último llegó a defender que el modelo de Estado debía inspirarse en la experiencia *communard*. De ahí que hablara incluso en los términos de un Estado-Comuna (Lenin, XXXI, 1985: 117, 123 y 142). Más tarde, llegó a sostener que su programa era «la continuación del camino de la Comuna de París» (Lenin, XXXVI, 1986: 57), que el poder soviético era un tipo superior de Estado que debía ser visto como «la continuación directa de la Comuna de París» (Lenin, XXXVI, 1986: 117) e incluso empleó aprobatoriamente una expresión como la de «los principios de la Comuna» (Lenin, XXXVI, 1986: 184).

Como es lógico, la valoración de la Comuna sufrió oportunas variaciones conforme cambiaban los acontecimientos de la Revolución. Si bien siempre mantuvo su consideración de episodio memorable y ejemplar, uno reiteradamente utilizado como modelo por Lenin en textos centrales como *El Estado y la revolución* (1918) para justificar o impulsar sus posiciones políticas, más tarde se redujeron sus menciones. O, como fue notorio en Trotsky, con el tiempo incluso se prefirió mencionar más sus deficiencias o límites. De ahí que, en un pasaje donde lo más sintomático es la simultaneidad de elogios y reproches, escribiera el revolucionario ruso que

«nosotros veneramos el recuerdo de la Comuna a pesar de su experiencia demasiado limitada, de la falta de preparación de sus militantes, de la confusión de su programa, de la ausencia de unidad entre sus directores, de la indecisión de sus proyectos, de la excesiva turbación en las ejecuciones y del espantoso desastre que resultó de ella. Saludamos en la Comuna –según una expresión de Lavrov– a la aurora, aunque pálida, de la primera república proletaria» (Trotsky, 2005: 83).

Por el camino habían acaecido episodios relevantes como la conocida disputa entre Lenin y Karl Kautsky. Este había criticado el desarrollo de la Revolución Rusa en el escrito *La dictadura del proletariado* (1918), y lo había hecho mientras apelaba a la memoria de la Comuna como ejemplo alternativo de una revolución mejor. Al poco tiempo Lenin respondió virulentamente en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (1918), si bien lo interesante es que en paralelo cada vez eludió más la memoria de la Comuna. Algo semejante ocurrió con otros protagonistas de la Revolución Rusa. En muchos momentos se prefirió recordar no solo sus virtudes, sino también los defectos que le habían conducido a su fracaso. Si el episodio parisino había hecho envejecer algunos puntos del *Manifiesto Comunista*, la revolución bolchevique habría hecho lo propio con la Comuna. Esta pudo haber sido una aurora en su momento, y bajo este rostro merecía ser recordada y conmemorada, pero una que en lo sucesivo es adjetivada como pálida y pasaba a ser objeto de no pocos reproches. En otras palabras, habría sido una aurora para el pasado, pero no tanto para el presente. Su potencial de futuro se había oficialmente transferido a la Revolución Rusa triunfante.

A partir de 1917, la memoria de la Comuna fue adquiriendo nuevos matices y pasó de ser un respaldo a una potencial molestia para la Revolución Rusa. Una vez que los bolcheviques llegaron al poder, su recuerdo devino un referente que también podía inspirar y movilizar a los detractores internos a la revolución, tal y como acaeció entre los anarquistas. En parte, porque Lenin no había sido coherente con lo expuesto en *El Estado y la revolución* y, lejos de desaparecer, el ejército, la policía y la burocracia ganaron fuerza con el tiempo, algo que denunció Kautsky en *De la democracia a la esclavitud moderna* (1921), su respuesta al libro *Terrorismo y comunismo* (1920) de un Trotsky que se sumó al debate. El socialista alemán sentenció incluso que «en ningún lugar está la sociedad más subordinada al Estado que en Rusia» (Kautsky, 1921: 43). Comprensiblemente, las menciones al episodio de 1871 menguaron. El obstinado Kautsky (1925: 228) lo resaltó años después y lo atribuyó a que las diferencias entre la Revolución Rusa y la Comuna eran cada vez más llamativas (*auffällig*).

En este contexto, la rebelión de Kronstadt, fundada como una comuna revolucionaria que apeló al recuerdo de 1871 y saludada por sus partidarios incluso como la Segunda Comuna de París (Avrich, 1970: 60 y 170), resultó asimismo de gran importancia. Desde esta perspectiva, podía ser vista como una revolución a la revolución. Al poco tiempo, Trotsky la aplastó terriblemente en unas fechas que coincidieron con el 50 aniversario de la proclamación de la Comuna parisina. De ahí que abundaran las conexiones entre ambos episodios y el nombre de Trotsky fuera asociado a los de Thiers y Galliffet, los famosos y demonizados represores de los *communards*.

Todo lo anterior atestiguó que la memoria de la Comuna podía ser perjudicial para la nueva revolución, pues proporcionaba un ejemplo alternativo de cómo llevarla a cabo y desautorizarla desde el mismo ideal revolucionario. Además, tras el triunfo de la Revolución Rusa también es lógico que el nuevo gobierno prefiriera legitimarse desde la historia de la propia revolución, con lo que la Comuna pasó, por así decir, a formar parte no tanto de su *historia* como de su *prehistoria*. La relación con la tradición revolucionaria se alteró, dado que no es lo mismo apelar a ella desde el poder que desde la oposición. Sin dejar de celebrar el recuerdo *communard* convenía que ese pasado no opacara el brillo de una reciente y fundacional Revolución de 1917 que cada vez más no se debía entender en continuidad sino en discontinuidad y ruptura con el pasado. Trotsky aseveró al respecto que Octubre «ha entrado en la Historia del pueblo ruso como suceso decisivo, imprimiendo valor y sentido a todos sus elementos. El pasado palideció, se hundió y desapareció» (1964: 54, traducción modificada). En el mismo libro sentenció que el 7 de noviembre de 1917 será la fecha del inicio de la nueva historia de la humanidad (1964: 150). Con su éxito, la Revolución rusa ya no necesitaba tanto pasados más o menos ajenos y desplazó la memoria revolucionaria anterior a una suerte de una *prememoria* todavía presente, pero de un carácter más débil y sobre todo subordinada a ese acontecimiento posterior desde el cual recibía su sentido y valoración oficiales.

Por último, a lo largo de la revolución se quiso explicitar en numerosas ocasiones que la Revolución Rusa había aprendido la lección de los errores de su valioso, pero imperfecto, precedente. Por ejemplo, el gobierno bolchevique elaboró el documento *Cómo tomamos control del banco estatal*, publicado el 6 de noviembre de 1918 y que señalaba que «se le reprocha generalmente a la Comuna no haber tomado posesión del Banco Nacional de Francia. El gobierno soviético no repitió este error» (Bunyan y Fisher, 1934: 319). Con este tipo de gestos se revivían las críticas de Marx y Lenin al episodio parisino y desde sus errores se legitimaba la diferente y controvertida actuación bolchevique. Un mensaje semejante también se halla más indirectamente en obras como

la biografía de Vyacheslav Polonski a Bakunin. El historiador ruso alabó no pocos méritos de su compatriota ácrata, aunque al mismo tiempo antepuso las virtudes y sobre todo el éxito de la tradición comunista sobre la anarquista, una con la que rivalizaba en el presente. De ahí que la obra concluyera con una afirmación como esta:

«el bakuninismo como teoría de la revolución nunca ha recibido un golpe tan sensible como en la época de la Revolución de Octubre, en la época de la toma del poder por la clase obrera. Este acontecimiento ha sido una lección práctica que la historia ha dado a la humanidad. Sin la dictadura, ya hace tiempo que nuestra revolución hubiera sido aplastada, con tanta crueldad o más, que la insurrección de París de 1871» (Polonski, 2016: 172).

La Comuna, si bien todavía reivindicada tras 1917, incluso un batallón de las Brigadas Internacionales llevó el nombre de «Comuna de París» durante la Guerra Civil Española, mantuvo su posición de secundariedad. Además, su interpretación se supeditó en la memoria comunista a la de 1917 y, al ser vista más como un antecedente imperfecto, perdió en buena medida su valor propio. El influjo de esta lectura se percibió en un documento oficial posterior tan importante como la peculiar *Historia del partido comunista (bolchevique) de la URSS* (1938), biblia oficial de la historiografía estalinista y de la que se imprimieron millones de copias. Ahí solo se hace referencia en una ocasión a la Comuna, aunque de forma sintomática con estas ambivalentes palabras extraídas de un discurso del jerarca ruso:

«De todas las revoluciones obreras sólo conocemos una que logró alcanzar el poder. Fue la Comuna de París. Pero no duró mucho. Es cierto que trató de romper los grilletes del capitalismo, pero no tuvo tiempo suficiente para quebrarlos, y menos aún para mostrar al pueblo los resultados materiales beneficiosos de la revolución. Nuestra revolución es la única que no sólo rompió los grilletes del capitalismo y trajo la libertad al pueblo, sino que también logró crear las condiciones materiales de una vida próspera para el pueblo. Ahí radica la fuerza e invencibilidad de nuestra revolución» (Comisión del Comité Central de la URSS, 1939: 341).

La circulación y propagación de este tipo de lectura fue tan rápida que en 1921 comenzó a predominar en la misma Francia (Harison, 2007: 8). Ahí la memoria de 1871 se revigorizó gracias al esfuerzo del comunismo francés por hacerla converger, de manera relacionada y al mismo tiempo subordinada, con la defensa de 1917. Un buen ejemplo lo personificó Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista Francés, quien destacó que «el Partido bolchevique de Lenin y Stalin ha hecho del sueño socialista de ayer la realidad de hoy. Lenin, Stalin y los bolcheviques han sabido inspirarse en el ejemplo glorioso de nuestra Comuna de París. Los comunistas franceses sabrán inspirarse en el



ejemplo victorioso de la gran Comuna soviética» (Thorez, I, 1967: 459). Tras la muerte de Lenin, no solo se debía conectar 1871 con 1917, sino también con el gobierno de Stalin.

La memoria comunista de la Comuna llegó hasta otros países, incluso hasta China, donde los acontecimientos de 1871 fueron ampliamente conmemorados en 1926 y donde un joven Mao destacó ese mismo año la continuidad de la Revolución Rusa con el episodio parisino. Al respecto afirmó que «la Comuna de París vio la obertura de una flor brillante, mientras que la Revolución Rusa representa su fruto feliz» (Hongsheng, 2010: 47). En otros países, en cambio, la memoria comunista de ese acontecimiento quedó más dañada. Al no ser un ingrediente de la propia tradición nacional y ser muchas veces un referente más cercano a la tradición anarquista, desde estas geografías se podía recoger su lado más crítico. Eso explica que una figura ya entonces heterodoxa como el pensador alemán Karl Korsch pudiera llegar a afirmar que

«no sólo para las ideas e instituciones del pasado feudal y burgués, sino también para cuantos pensamientos y formas de organización ha ido procurándose la propia clase obrera en los anteriores y sucesivos periodos de su lucha de autoliberación histórica, tiene validez esa dialéctica revolucionaria en virtud de la cual “el bien de ayer se convierte en el mal de hoy”, por decirlo con palabras de Goethe, o, como vino a decir más clara y terminantemente Karl Marx, todo estadio histórico de una forma evolutiva de las fuerzas productoras revolucionarias y de la acción revolucionaria, así como de la evolución de la consciencia, puede convertirse, en un determinado punto de su proceso evolutivo, en una rémora para el mismo» (Korsch, I, 1982: 275-276).

Dos años después Korsch indicó incluso que en verdad era Bakunin quien tenía razón, y que lo ocurrido en 1871 se enmarcaba mejor dentro del anarquismo, o del jacobinismo, que no del marxismo (Korsch, 1982: 282-283). Una vez que la Comuna ya había sido *superada*, o podía resultar incómoda, su paternidad ideológica podía ser traspasada en algún caso al anarquismo.

### La memoria posterior de la Comuna

Roger Garaudy exclamó en 1961 que «la gran lección de la Comuna es que la clase obrera sólo puede vencer a sus enemigos bajo el liderazgo de un partido revolucionario» (Brinton, 2004: 53). Algo semejante afirmó ese mismo año otro ilustre comunista, Jacques Duclos, en «*À l'assaut du ciel*»: *la Commune de Paris annonciatrice d'un monde nouveau* (1961), obra regada con numerosas citas de Marx, Lenin e incluso Kruschov y donde de nuevo se remarcaba el carácter futuro de la Comuna al mismo tiempo que lo subordinaba a la Revolución de Octubre. En la línea oficial de la tradición comunista, Duclos (1961: 78-179



y 284-285) también reprochó la no toma del Banco de Francia y el ya comentado exceso de magnanimidad. Adamov (1959: 12) había afirmado a grandes rasgos lo mismo en su antología sobre la Comuna. Asimismo, entre no pocos historiadores se cultivó una visión semejante. Así sucedió con Jean Bruhat, autor junto a Jean Dautry y Émile Tersen del influyente *La Commune de 1871* (1960). O también con Jean-Pierre Azéma y Michel Winock, autores de *Les communards* (1961).

Sin embargo, por entonces ya se estaba incubando una nueva reinterpretación histórica de la Comuna, y promovida justamente por un filósofo marxista suspendido por el Partido Comunista Francés como Henri Lefebvre. En su *La proclamación de la Comuna* (1965), texto posiblemente influido por el breve escrito *Sur la Commune* (1962) de Guy Debord, Raoul Vaneigem y Attila Kotányi, quiso recuperar y reivindicar la experiencia todavía en gran medida inexplorada de la Comuna y al respecto escribió que

«la sublevación del 18 de marzo y los memorables días de la Comuna que vinieron tras ella fueron la apertura sin límites al futuro y a lo posible (...). Es hora de dejar de considerar a la Comuna como el ejemplo típico de primitivismo revolucionario cuyos errores se superan y hay que empezar a contemplarla como una inmensa experiencia, negativa y positiva, de la que todavía no hemos encontrado ni integrado toda la verdad» (Lefebvre, 2021: 417-420).

Lefebvre invirtió a su manera los gestos de Lenin y Trotsky y con ello mostró la posible productividad póstuma de la memoria. Si la Revolución Rusa había conducido a postergar la memoria de 1871 frente a la de 1917, el pensador francés trastocó la cronología y priorizó la primera respecto a la segunda. Por eso, en su reinterpretación los rasgos valorados como defectos por Trotsky y Lenin fueron blandidos como virtudes. En esta línea, alabó la Comuna por rasgos como su pluralidad, su espontaneidad, su carácter internacionalista y antiimperialista (plasmado en el simbólico derribo de la Columna Vendôme), su carácter colectivo (sin grandes líderes como Lenin o Trotsky) o no haber un partido que controlara la acción política. Más aún, Lefebvre dibujó la Comuna como una gran fiesta que apuntaba a una radical transformación en la forma de vivir, el rasgo que más le interesaba de cara al presente y entroncaba con su idea de revolucionar la vida cotidiana. Lo más importante del episodio parisino no era tanto la toma del poder como la toma y reapropiación de la vida. En otras palabras, repensar la revolución de la Comuna le llevó a repensar la noción misma de revolución. Así pues, la interrogación de la memoria no solo tenía un carácter directamente práctico sino también teórico.

La influencia de Lefebvre y su reinterpretación de la Comuna fue notable entre los participantes de Mayo del 68 (Lefebvre, 1976: 109 y 120-121), quienes

en parte (y con menor fuerza) reemplazaron el referente de 1917 por 1871. Procede recordar que el francés Mayo del 68 también fue conocido como la Comuna Estudiantil, expresión promovida por Edgar Morin y da título al libro de Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet. Estos autores apuntaron que, pese a la distancia temporal, la memoria y el espíritu de la Comuna estuvieron presentes en las calles parisinas de una manera honda e incluso «obsesiva» (Schnapp y Vidal-Naquet, 1969: 582). Por su parte, Danielle Tartakowsky ha señalado que en Mayo de 1968 «la Comuna dejó la necrópolis y reencontró la calle» (Fournier, 2013: 118). Un aspecto simbólico destacable fueron las barricadas que inundaron las calles parisinas y que de nuevo conectaban no solo con el recuerdo *communard* sino con el conjunto de la tradición revolucionaria decimonónica. Como apuntaron Daniel Bensaïd y Henri Weber,

«la idea de las barricadas fue una de esas ocurrencias geniales que abundan en las masas en tiempos de revolución. Repitamos que militarmente no valían gran cosa (...). Eran unas barricadas sin pies ni cabeza. Atravesaban varias veces de lado a lado una misma calle y dificultaban la movilidad de los manifestantes. Una de ellas incluso obstruía un callejón sin salida. Pero políticamente era una idea magnífica. Para el proletariado francés, la barricada es un símbolo lleno de reminiscencias, y resucita todo un pasado de pelea sin desfallecimiento, que llena de nostalgia a los obreros. Evoca los espectros de 1848 y de la Comuna, el mito de la huelga general insurreccional y de la acción directa, todas las hazañas de la clase obrera francesa, hondamente afincadas en su conciencia colectiva, y extrañamente vivas en su recuerdo» (Bensaïd y Weber, 1968).

Con ello se testimonió que el alejamiento e incluso hostilidad de los actores de Mayo del 68 hacia el Partido Comunista Francés no solo se daba en el presente, sino también en el pasado y la memoria. Con este gesto se resituaron a nivel político y se desmarcaron de la línea del comunismo oficial. En otras palabras, la revolución del presente también debía comportar una semejante con el pasado. Mostrando la flexibilidad de la tradición revolucionaria, los *soixante-huitards* se remontaron a un episodio que, aun siendo más lejano en un sentido cronológico, resultaba más próximo en uno político y con ello se quiso resignificar lo que se debía entender por «revolución».

Un buen ejemplo lo ofreció Daniel Cohn-Bendit. Junto a su hermano Gabriel, escribió un libro como *El izquierdismo, remedio a la enfermedad senil del comunismo* (1968), donde desafió abiertamente el recuerdo de Lenin (autor casi medio siglo antes del conocido *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*) y donde se hicieron referencias a la memoria de la Comuna. En cierto modo, recordar 1871 debía implicar olvidar o «desaprender» la lección de 1917. No en vano una crítica recibida desde el Partido Comunista Francés

por Cohn-Bendit, y de paso todo el Mayo del 68, fue el libro *Anarquistas de ayer y de hoy. Cómo el izquierdismo hace el juego a la reacción* (1968) del citado Jacques Duclos.

De todos modos, no por ello abandonó el Partido Comunista Francés la reivindicación pública de la Comuna. Al revés. En 1971, en ocasión de su centenario y como presidente de la Asociación de amigos de la Comuna de París, Duclos mismo proclamó en nombre de su partido que «la Comuna es nuestra» (Tombs, 1999: 191). Ese mismo año se enterraron las cenizas de Adrien Lejeune, fallecido en la Unión Soviética en 1942 y conocido como «el último *communard*», al pie del Muro de los Federados. El recuerdo de la Comuna no estuvo en modo alguno exento de disputas en el contexto de su centenario e incluso hubo acciones, como la del 30 de abril de 1971 protagonizada por un grupo de ultraizquierda, que se introdujo en el cementerio del Père Lachaise para asociar la Semana Sangrienta a las más recientes represiones comunistas.

En paralelo a estas luchas por la memoria, el recuerdo de la Comuna también pervivió y se transformó a causa del desarrollo de nuevas perspectivas logradas gracias a la renovación de unas investigaciones históricas que dialogaban con el presente. Un caso destacado fue Jacques Rougerie, autor de numerosas obras sobre la Comuna de París que han ayudado a reivindicar su importancia histórica al mismo tiempo que lo han hecho en disputa con las lecturas marxistas. Otro ejemplo reseñable fue el de Édith Thomas, pionera en la historia de las mujeres y autora de *Les pétroleuses* (1963), obra que reivindica la participación política de las mujeres y se adentra en el mito de «las incendiarias». Con ello inició una senda que luego ha permitido conocer más acerca de figuras individuales como Louise Michel, Paule Minck, Elisabeth Dmitrieff o André Leo.

En las últimas décadas la memoria de la Comuna se ha seguido cultivando, obviamente con desigual intensidad, en diferentes campos: la literatura (incluyendo apariciones parciales como en *El cementerio de Praga* de Umberto Eco), la historia (incluyendo las originales aportaciones de Kristin Ross en libros como *El surgimiento del espacio social* o *Lujo comunal*) o el cine. Un caso singular fue el celebrado documental histórico *La Comuna* (2000) de Peter Watkins, de casi seis horas de duración. Además, desde los años 90, y coincidiendo con el *boom* de la memoria, ha habido un repunte en los memoriales dedicados a la Comuna (Barreiro y Fábrega Álvarez, 2019). Con motivo del sesquicentenario se han publicado nuevas obras (incluyendo una colectiva de casi 1.500 páginas como *La Commune de Paris 1871: les acteurs, l'événement, les lieux* y coordinada por Michel Cordillot) e incluso la alcaldía de París, en manos de la socialista Anne Hidalgo, ha promovido su memoria organizando medio centenar de actos

y rebautizando espacios de París, como los jardines dedicados a la memoria de Paule Minck, con nombres de personalidades *communardes*. La Comuna de París, en conclusión, sigue estando viva en la memoria.

### Reflexiones conclusivas sobre la dimensión pragmática de la memoria

Lo importante en el pasado de las revoluciones no es solo su historia, sino también la fecunda, compleja y problemática memoria que generaron; una por la que retornamos sin cesar a lo que sucedió, pero también por la que nunca lo hacemos de la misma manera ni con los mismos propósitos. Para este contexto se puede recordar que Jacques Rougerie se planteó la cuestión de si el episodio de 1871 debía ser comprendido históricamente como el amanecer de un nuevo mundo o el crepúsculo de uno viejo. Su primera respuesta, expresada en *Procès des communards* (1964), fue que se trataba más bien de un crepúsculo que enlazaba más con las revoluciones del pasado que no con las venideras. Ahora bien, aunque eso fuese realmente así, algo que Rougerie mismo matizó en *Paris libre* (1971) y de nuevo lo hizo Robert Tombs en *The Paris Commune 1871* (1999), se podría responder que eso se correspondería al terreno de la historia, pero no tanto al de la memoria, donde el recuerdo del episodio parisino fue interiorizado en diversos momentos, y desde diversas interpretaciones, en una clave claramente auroral. Por tanto, la historia y la memoria podría colisionar en este caso y proporcionar dos interpretaciones distintas del mismo acontecimiento.

De hecho, y como se ha visto en esta breve panorámica histórica, a lo largo de los últimos 150 años la historia de la memoria de la Comuna ha sido muy variada y plural, llena de cambios en buena medida ligados a las reacciones o requerimientos de cada contexto. En especial, hubo tres grandes momentos para su recuerdo. Fue primero reivindicada en los años inmediatamente posteriores a su advenimiento y aplastamiento, en tanto que se convirtió en el acontecimiento más reivindicable por los movimientos comunista y anarquista. Más tarde, la Revolución Rusa condujo a un aumento de su recuerdo público y a su ulterior relegación, si bien de manera subordinada siguió estando bastante y positivamente presente hasta que a partir de 1968 fue nuevamente reivindicada con mayor fuerza en el marco del acontecimiento parisino y desde nuevas lecturas como la proporcionada por Henri Lefebvre.

Por tanto, la historia de la memoria de la Comuna de 1871 está en buena medida caracterizada no por una continuidad, sino una serie de visibilizaciones y relegaciones, recuerdos y ninguneos. Si bien su memoria nunca desapareció, no siempre pervivió con la misma intensidad o admiración ni tampoco ocupó un mismo lugar en el «panteón revolucionario». De ahí que Lenin,

quien tanto se había acordado de ella hasta 1917 e incluso un poco después, prefiriera eludirla en sus escritos tras la polémica con Kautsky y la rebelión de Kronstadt. Y es que ese recuerdo no se explica únicamente desde el pasado sino de cada presente que, según los requerimientos, intereses o deseos de la ocasión, podía apelar (o no) a la memoria *communard* en público. Por así decir, lo que se hacía con ello no era tanto renunciar a ese pasado como al «carácter futuro» de ese pasado.

Por otro lado, se puede destacar que la memoria de 1871 devino un elemento importante de inspiración, identificación y/o movilización que espoleó e inspiró revoluciones como la rusa, pero también que ese mismo pasado podía influir a su vez en los detractores (internos) de la revolución, como con la sublevación de Kronstadt. La memoria revolucionaria, pues, podía pasar a convertirse en una herramienta de movilización contra la revolución oficial en nombre de una alternativa y, según se esgrimió, más fiel a la tradición revolucionaria. Eso ayuda a explicar que la memoria de 1871 debiera perder parte de su importancia y subordinarse a la nueva memoria hegemónica. Al fin y al cabo, su fulgor no debía ensombrecer a la Revolución Rusa sino al revés. Más aún, la segunda ya no debía entenderse desde la primera sino al contrario, pues el acontecimiento de 1917 aspiraba a adquirir un carácter fundacional no solo para la naciente Unión Soviética sino para todo el futuro orbe comunista. Por ello mismo, como posteriormente acaeció con Mayo del 68 y ya había ocurrido antes en el seno de la tradición anarquista, en lo sucesivo la memoria de la Comuna de París pudo ser empleada como una memoria revolucionaria alternativa. Una que también se nutrió de esa tradición anarquista enfrentada a los vencedores bolcheviques de 1917 y visibilizada en clásicos del mundo libertario como *La revolución desconocida* (1947) de Volin.

Por todo ello, no es extraño que cada uno de los ejercicios de memoria no se preocupe solo por recordar lo sucedido sino también por interpretarlo y valorarlo. De ahí que cada resurgencia de la memoria de 1871 trajera consigo una imagen, relato y valoración distinta del acontecimiento y que rememorarle fuera hasta cierto punto una actualización, transformación e incluso multiplicación de su recuerdo. Eso explica que las versiones de la Comuna de Marx, Bakunin, Kropotkin, Kautsky, Lenin, Trotsky, Stalin o Lefebvre pudieran contener importantes diferencias y valoraciones. Como es lógico, muchos de esos recuerdos no solo se deben entender desde el pasado *communard* tal y como realmente aconteció, por expresarlo en términos rankeanos, sino también desde cada presente. Eso se percibió en especial en las múltiples lecturas proporcionadas por Lenin o Trotsky, y sobre todo si fueron realizadas antes o después de 1917.

Sin embargo, sería un error realizar una lectura meramente *presentista* de cada una de estas lecturas. Más allá de que cada interpretación debía proporcionar versiones verosímiles de la Comuna hasta cierto punto apegadas a los hechos, también había un elemento cardinal del pasado a tener en cuenta: las mismas interpretaciones anteriores del acontecimiento parisino, en especial la de Marx y, bajo el comunismo oficial, la de Lenin. Aunque sus escritos no formasen parte del hecho histórico *communard*, con el tiempo se adhirieron e incorporaron a su memoria de una manera con frecuencia públicamente indelible. Recordar la Comuna era a menudo tener que recordarla desde sus coordenadas interpretativas, sus valoraciones e incluso su terminología. Con ello se mostró la posible asimetría que se puede dar en la memoria. Sintomáticamente, todos los autores comunistas tendieron a evitar la confrontación explícita con el autor de *El Capital* en este acontecimiento, pese a que a la hora de la verdad las lecturas aportadas pudieran divergir *sotto voce* en no pocos aspectos. La influencia de *La guerra civil en Francia* no solo fue política sino también, por así decir, exegética.

Con todo ello se quiere resaltar que, a través de la memoria, la Comuna no cesó de influir de diversas maneras en el futuro. Fue un acontecimiento que legó aprendizajes políticos, suministró mártires, recuerdos, símbolos, canciones y esperanzas, sirvió como vehículo de movilización e identificación o devino una instancia de legitimación revolucionaria. Una en verdad variable, pues, tras el choque de Lenin con Kautsky o la sublevación de Kronstadt, fue la relegación de esta memoria la que a su vez sirvió para relegitimar al gobierno bolchevique frente a otras intenciones revolucionarias. O, al revés, que desde sus enemigos políticos se utilizó con el fin de desautorizar a la naciente Unión Soviética.

Desde diversos prismas, la memoria de la Comuna influyó en la historia del presente e intervino como una suerte de causa adicional. Al fin y al cabo, la causalidad histórica no solo deriva de los hechos históricos sino también de cómo los mismos son leídos, interpretados, digeridos, recordados y/o representados por parte de los diferentes agentes, aunque pueda ser a partir de errores, desfiguraciones o malentendidos. Entre otras cosas, porque en la acción histórica no solo importa cómo son *las cosas* sino también cómo las percibimos, sentimos, recordamos o interpretamos, y desde ahí cómo reaccionamos a ellas. En otras palabras, la relación con el pasado *communard* no se dio de manera inmediata, sino que dependió de una serie de narraciones y testimonios, no pocas veces problemáticos a nivel histórico, que suministraron un relato del pasado que, gracias a los usos en muchos casos pragmáticos y presentistas impulsados en su nombre, tuvo unos efectos prácticos nada desdeñables. La Revolución Rusa fue seguramente el mejor ejemplo de ello, pero no el único. No por casualidad,

el recuerdo de la Comuna estuvo asimismo presente en otros episodios como la Revolución asturiana de 1934 e incluso se revitalizó en la cronológica y geográficamente lejana Comuna de Shanghai en 1967, justo un año después del estallido de la Revolución cultural (Hongsheng, 2010). No está de más recordar que ya la misma Comuna de París había apelado en su momento a su «precedente» medieval y a una figura emblemática como Étienne Marcel.

Por otro lado, la «productividad memorística» contiene una dimensión que, por usar un término de Stephen Jay Gould y Elisabeth Vrba para la biología, podríamos llamar «exaptativa». La cuestión radica en que la memoria del pasado no solo se «muestra» o «adapta» a unos contextos concretos y más o menos conectables con su sentido original, sino que desvela un contenido dinámico por el cual no deja de metamorfosearse. Al fin y al cabo, la memoria de la Comuna fue desde un principio, y por mucho tiempo, no un «pasado pasado» sino un «pasado presente» e incluso un «pasado futuro», y fue desde las lecturas o requerimientos de esos otros tiempos que el recuerdo del acontecimiento se fue alterando. Por ello mismo, diversos momentos o proyectos revolucionarios posteriores tuvieron que posicionarse respecto a la memoria de 1871 y en muchos casos se entendieron a sí mismos en diálogo con esta. O, mejor dicho, con una actualizada interpretación de esta donde el presente y el pasado se entremezclaban.

De este modo, la memoria revolucionaria fue incorporando nuevas lecturas del pasado y/o aportando nuevos episodios memorables que se entreveraban con la tradición anterior. Con ello, cada presente fue estirando no solo el pasado, sino también las posibles interpretaciones de ese pasado y con ello posibilidad y *legitimó* a su vez la apertura de nuevos horizontes revolucionarios de futuro, tal y como sucedió en ocasión de Mayo del 68, que se podían hacer en nombre del pasado. O en caso necesario, como desde el marco bolchevique tras su triunfo en la Revolución Rusa, también se podía intentar cerrar y despotenciar el carácter de futuro de ese pasado. Como se ha intentado explicar, con ello se mostró cómo las luchas políticas del presente se acompañaron de luchas por la memoria. Tanto en la Revolución Rusa como en Mayo del 68 se dio la circunstancia de que la misma Comuna de 1871 fue reivindicada por comunistas, anarquistas u otros movimientos políticos de izquierdas, pero no bajo el mismo rostro ni la misma lectura. Justamente porque el episodio parisino era interiorizado como un admirable pasado cargado de futuro su memoria se caracterizaba por una pluralidad que la convertía en un constante espacio de disputa.

Un aspecto central es que con frecuencia los nuevos sentidos o valores adquiridos con el paso del tiempo no se pueden explicar desde la historia



original a la que remite la memoria. Más bien se deben entender desde la historia de sus diferentes recepciones y sus contribuciones respectivas, las cuales no dejaban de dialogar con los respectivos momentos en que fueron realizadas. En suma, se trató de una productividad memorística indirecta e inicialmente impensable e imprevisible; una por la que no es tanto que cada presente actualice, sino que puede *generar* nuevas potencialidades del episodio rememorado que, de manera transitiva, pueden aumentar aún más con la geografía y/o el tiempo; una por la que, de manera anacrónica y retroactiva, es muchas veces la posteridad de un acontecimiento la que parece sumarse e incorporarse al pasado original. Y, una cuestión no menor, donde cada una de las lecturas proporcionadas pueden ser ignoradas, desaparecer o ser olvidadas durante un tiempo para revivir o ser recuperadas muchas décadas más tarde. Eso explica por ejemplo que una de las principales labores en el cultivo de la memoria consistiese en la reedición de obras antiguas sobre el episodio y con ello pudieran influir nuevamente en el presente. Por citar un caso representativo, solamente en el año del centenario de la Comuna de 1871 se republicaron obras o recopilaciones como las de Louise Michel, Lefrançais, Lissagaray, Vuillaume y, por supuesto, Bakunin, Marx y Lenin (Cerf y Zwirn, 1989: 100). El mismo año, además, salió a la luz por vez primera un testimonio todavía inédito como los *Souvenirs d'un insurgé* (1971) de Paul Martine y se estrenó en Francia la obra de teatro *Los días de la Comuna* (1949) de Bertolt Brecht. Para acabar, en esos años los escritos del *communard* Jules Vallès vivieron una gran popularidad póstuma, en parte porque su visión de la Comuna coincidía en muchos aspectos con la experiencia de Mayo del 68 (Shenton, 1973: 36).

En resumidas cuentas, la propia historia de la memoria de la Comuna se desarrolló de manera compleja a partir de este intrincado diálogo de la memoria tanto con su propia historia como con la historia original y asimismo su posterior evolución. Y eso ayudaría a explicar, como se avanzó al principio, que, sin desdeñar la indudable relevancia del episodio, la enorme repercusión de lo sucedido en esas diez semanas acabadas en un fracaso probablemente lo fue más a nivel de memoria que no de historia.

## Bibliografía

- ADAMOV, Arthur (1959). Préface. En *La Commune de Paris. 18 mars – 28 mai 1871* (Anthologie). París: Éditions Sociales.
- AVRICH, Paul (1970). *Kronstadt 1921*. Buenos Aires: Utopía libertaria.
- BAKUNIN, Mikhail (1871). *La théologie politique de Mazzini et l'Internationale*. Neuchatel: Commission de propagande socialiste.
- BAKUNIN, Mikhail (1977). *Obras completas*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.



- BARREIRO, David y FÁBREGA-ALVAREZ, Pastor (2019). La Commune n'est pas morte»: arqueogeografía de un paisaje memorial. *Vestigios. Revista Latinoamericana de Arqueología histórica*, 13, 2, 141-164. <https://doi.org/10.31239/vtq.v2i13.15386>
- BENJAMIN, Walter (2005). *El Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- BENSAÏD, Daniel y WEBER, Henri (1968). *Mayo 68: un ensayo general*. México: Era.
- BERGMAN, Jay (2014). The Paris Commune in Bolshevik Mythology. *The English Historical Review*, 541, 1412-1441. <https://doi.org/10.1093/ehr/ceu270>
- BOURGIN, Georges (1938). La lutte du Gouvernement français contre la Première Internationale Contribution à l'histoire de l'Après-Commune. *International Review for Social History*, 4, 39-138. <https://doi.org/10.1017/S187308410000434>
- BRINTON, Maurice (2004). *For Worker's Power*. Oakland: AK Press.
- BRUHAT, Jean, DAUTRY, Jean y TERSEN, Émile (1960). *La Commune de Paris*. París: Éditions sociales.
- BUNYAN, James y FISHER, Harry H (1934). *The Bolshevik Revolution: 1917-1918*. Documents and Materials. Stanford: Stanford University Press.
- CEAMANOS, Roberto (2004). Historia social de la Comuna de 1871: ¿crepúsculo del ciclo revolucionario iniciado en 1789 o aurora de la revolución proletaria? *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 26, 197-208.
- CEAMANOS, Roberto (2014). *La comuna de París*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- CERF, Marcel y ZWIRN, Jacques (1989). Le centenaire de la Commune en France (1872-1971). *Revue d'Histoire du XIXe siècle*, 5, 95-106. <https://doi.org/10.3406/r1848.1989.2067>
- COHN-BENDIT, Daniel; COHN-BENDIT, Gabriel (1969). *El Izquierdismo, remedio a la enfermedad senil del comunismo*. México: Grijalbo.
- COMISIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DE LA URSS (1939). *History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolsheviks). Short course*. Nueva York: International Publishers.
- DE CALA, Ramón de (1871). *Los comuneros de París. Historia de la revolución federal de Francia en 1871*. Madrid: Oficinas de la Igualdad.
- DUCLOS, Jacques (1961). «À l'assaut du ciel»: *la Commune de Paris annonciatrice d'un monde nouveau*. París: Éditions sociales.
- ENGELS, Friedrich (2015). Prefacio a la edición de 1895. En Karl MARX. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- FOURNIER, Eric (2013). *La Commune n'est pas morte. Les usages du passé de 1871 à nos jours*. París: Libertalia.
- FRANKEL, Leó (1974), Article by Leó Frankel in Hungary. En Eugene SCHULKIND (ed.). *The Paris Commune of 1871: the view from the left*. Nueva York: Grove Press.

- GADAMER, Hans Georg (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sigueme.
- GRÜTZNER, Günther (1963). *Die Pariser Kommune. Macht und Karriere einer politischen Legende Die Auswirkungen auf das politische Denken in Deutschland*. Wiesbaden: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-322-96241-6>
- GUERONNIÈRE, Alfred de la (1871). *La Commune sanglante ou le legs incendiaire*. París: Sagnier.
- GUILLAUME, James (1907). *L'Internationale. Documents et Souvenirs (1864-1878)*, París: Édouard Cornely.
- GULLICKSON, Gay L. (1996). *Unruly women of Paris: images of the commune*. Nueva York: Cornell University Press. <https://doi.org/10.7591/9781501725296>
- HARISON, Casey (2007). The Paris Commune of 1871, the Russian Revolution of 1905, and the Shifting of the Revolutionary Tradition. *History & Memory*, 19, (2). <https://doi.org/10.2979/his.2007.19.2.5>
- HARVEY, David (1979). Monument and Myth. *Annals of the Association of American Geographers*, 69 (3), 362-381. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1979.tb01262.x>
- HONGSHENG, Jiang (2010). *The Paris Commune in Shanghai: The Masses, the State, and Dynamics of 'Continuous Revolution'*. Tesis doctoral.
- HUTTON, Patrick (1981). *The Cult of the Revolutionary Tradition: the Blanquists in French Politics, 1864-1893*. Berkeley: University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520311244>
- JAURÈS, Jean (1907). Hier et demain. *L'Humanité*, 18 de marzo de 1907.
- KAUTSKY, Karl (1921). *Von der Demokratie zur Staats-Sklaverei. Eine Auseinandersetzung mit Trotsky*. Berlín: Verlagsgenossenschaft Freiheit.
- KAUTSKY, Karl (1925). *War die Pariser Kommune deutschfeindlich? Die Gesellschaft, I*.
- KORSCH, Karl (1982). *Escritos políticos*. México: Folios Ediciones.
- KROPOTKIN, Piotr (1900). *Palabras de un rebelde*. Barcelona: Centro Editorial Presa.
- LEFEBVRE, Henri (1976). *Tiempos equívocos*. Barcelona: Kairós.
- LEFEBVRE, Henri (2021). *La proclamación de la Comuna*. Pamplona: Katakarak.
- LENIN (1969). *Obras Completas*. Buenos Aires: Cartago.
- LENIN (1981-1988). *Obras Completas*. Moscú: Progreso.
- LEPELLETIER, Edmond (1911). *Histoire de la Commune de 1871*. París: Mercure de France.
- LIDSKY, Paul (2016). *Los escritores contra la Comuna*. Barcelona: Dirección Única.
- LISSAGARAY, Prosper-Olivier (2021). *Historia de la comuna de París de 1871*. Madrid: Capitán Swing.
- MALON, Benoit (1871). *La troisième défaite du prolétariat français*. Neuchatel: Guillaume.
- MARX, Karl (1970). *La guerra civil en Francia*. Madrid: Aguilera.

- MARX, Karl (et alii). (1975). *Cartas a Kugelmann*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MARX, Karl (2005). *Manifiesto del partido comunista*. Buenos Aires: Longseller.
- MERRIMAN, John (2014). *Massacre. The Life and Death of the Paris Commune of 1871*. New Haven: Yale University Press.
- MORRIS, William (1887). Why We Celebrate the Commune of Paris. *Commonweal*, 3, 62, 19 March 1887.
- NICHOLLS, Julia (2019). *Revolutionary Thought after the Paris Commune, 1871-1885*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108634199>
- POLONSKI, Vyacheslav (2016). *Bakunin*. Barcelona: Editorial Base.
- REBÉRIOUX, Madeleine (1997). Le mur des Fédérés. En Pierre NORA (ed.). *Les lieux des mémoire* (535.559). París: Gallimard.
- RENAN, Ernest (1871). *La Réforme intellectuelle et morale*. París: Michel Levy Frères.
- ROSS, Kristin (2016). *Lujo comunal. El imaginario político de la Comuna de París*. Madrid: Akal.
- ROUGERIE, Jacques (1964). *Procès des communards*. París: Julliard.
- ROUGERIE, Jacques (1971). *Paris libre*. París: Seuil.
- SCHNAPP, Alain y VIDAL-NAQUET, Pierre (ed.) (1969). *Journal de la commune étudiante: textes et documents: novembre 1967 – juin 1968*. París: Seuil.
- SEIDMAN, Michael (2018). *Transatlantic Antifascisms. From the Spanish Civil War to the End of World War II*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781108278386>
- SHENTON, Gordon (1973). The Commune and the Revolt of Jules Vallès. En John HICKS y Robert TUCKER. *Revolution and Reaction. The Paris Commune of 1871*. Boston: The University of Massachusetts Press.
- STITES, Richard (1992). *Revolutionary Dreams. Utopian and Experimental Life in the Russian Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- THOMAS, Édith (1963). *Les pétroleuses*. París: Gallimard.
- THOREZ, Maurice (1967). *Oeuvres choisies*. París: Éditions Sociales.
- TOMBS, Robert (1999). *The Paris Commune 1871*. Londres: Longman.
- TROTSKY (1964). *Literatura y revolución*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- TROTSKY (2005). *Terrorismo y comunismo*. Madrid: Fundación Federico Engels.